

Las estructuras narrativas en la transmisión de la fe

Antonio Ávila Blanco*

PROEMIO

Los que me conocen, saben de mi gusto por la novela, y me han oído decir muchas veces que gran parte de lo que sé de la vida y de las personas, lo he aprendido leyendo novela. Y no solamente novela. En mi memoria se guardan muchos cuentos infantiles, tebeos y cómics, literatura juvenil, biografías (a las que siempre he sido muy adicto). Relatos que me sirvieron, como más adelante veremos, de referente en mi adolescencia... También debería incluir, en justicia, las películas y las obras de teatro, sobre todo algunas de ellas, que más me han impactado. Pienso, por ejemplo, en *Así es, si así os parece* de L. Pirandello, o *El diario de un loco* de N. Gogol, que me enseñaron psicología antes de que se me pasara por la cabeza que la iba a estudiar, y que parte de mi vida se la iba dedicar a esta disciplina.

Más allá, y además de lo leído, está lo escuchado. En razón de mi ministerio he tenido la suerte y la maldición de escuchar muchas historias. Suerte porque he podido experimentar la confianza de muchas personas, que me han abierto algo tan sagrado como su intimidad, pero maldición, porque como dice Morris West en su novela (una vez más los relatos) *El navegante*, he sentido el peso de esas intimidades muchas veces cargando sobre mi espalda, como una carga pesada, la carga de la responsabilidad.

* Director del Instituto Superior de Pastoral, Madrid.

Son historias de todo tipo y color. Algunas muy comunes, aunque siempre únicas para el que las narra, así como para el que las escucha. Otras son tan extraordinarias, que dejan muy enanas a la mayoría de las historias de ficción vistas y leídas. Pero siempre y en cada momento, sean las historias que sean, ¡qué difícil es saber escuchar y cuánto le debo a C. Rogers! La escucha no es solamente un instrumento terapéutico, sino sobre todo una forma de relación, un arte, que permite la relación íntima entre los humanos. Para poder comunicar lo más íntimo de nosotros mismos necesitamos que se den una serie de condiciones, un ambiente de cordialidad, de comprensión y de escucha, que no siempre ocurre.

Y, por último, está lo contado. Mis alumnos me han escuchado cientos, miles de narraciones, de historias y anécdotas, muchas veces puestas a modo de ejemplo de lo explicado. Mis amigos me han escuchado fragmentos de mi propia historia personal. Unas veces contadas como desahogos personales y/o confidencias, otras como recuerdos de otros tiempos y otras circunstancias, otras como sueños y proyectos. Algunas de las cosas que tengo escritas y publicadas son esto, narraciones de acontecimientos de los que he sido testigo o he vivido en primera persona.

Podría decir que no puedo comprenderme a mí mismo sin las narraciones. Es más, podría decir que no puedo comprenderme sino como narración. Necesito narrarme a mí mismo, para comprender quién soy, qué sentido tiene mi vida. Necesito contarles a los otros quién soy, y para ello necesito narrarles partes, si no toda mi vida. Incluso, cuando duermo, mis sueños me narran historias, muchas veces absurdas, en las que soy protagonista, y que, al despertarme, o bien olvido, o bien necesito interpretar para saber algo más de mí.

En todo esto no creo ser distinto del resto de los seres humanos. Por ello quiero dedicar la primera parte de este artículo a reflexionar sobre las estructuras narrativas y su relación con el sentido de la vida, haciendo un recorrido por las distintas etapas del desarrollo de la persona, para vincularlas en un segundo momento con la transmisión de la fe.

LAS ESTRUCTURAS NARRATIVAS Y LA ARTICULACIÓN DEL SENTIDO

Probablemente podríamos tomar la corriente más arriba. Baste con hacer referencia al psicoanálisis freudiano. Para Freud, incluso antes, desde el caso de Ana «O», es el recordar viejas historias, traer a la memoria experiencias olvidadas, pero cargadas de evocaciones afectivas, lo que permite reconciliarnos con nosotros mismos y reestructurar nuestra personalidad. El hecho es que el proceso terapéutico freudiano supone recuperar el inconsciente, «hacer consciente lo que era consciente», dice Freud, y para ello es necesario recurrir a la narración, bien por medio de la libre asociación o bien por medio de la interpretación de los sueños. En el fondo la terapia psicoanalítica no es sino la capacidad de podernos narrar a nosotros mismos nuestra propia historia, reconstruyendo aspectos «olvidados», reintegrándolos en una nueva narrativa, en la que todo pueda recuperar un sentido, que no sólo no dañe nuestro propio yo, sino que nos permita vivir sanamente tanto el equilibrio interno como las relaciones interpersonales.

Pero el psicoanálisis freudiano da un paso más al llevar la cultura al diván. Incluso antes, al formular el complejo de Edipo, conecta nuestras narraciones personales con un contexto más amplio, el de las narraciones paradigmáticas de la cultura, las cuales sirven de modelo para poder comprender nuestra propia historia. Esta relación entre la narración personal y las narraciones colectivas es la que permitirá a Jung formular la existencia del inconsciente colectivo, y la relación entre los sujetos y la simbólica heredada por medio de la cultura de la propia y de toda la especie. Lo que le llevará a afirmar que el proceso de individuación, de crecimiento personal, está en relación con la capacidad de enfrentarnos a los arquetipos.

Menos conocido que el pensamiento psicoanalítico sobre el papel de la narración en la construcción personal, es el generado por la corriente cognitiva. En ella nos encontramos con el pensamiento de J. Bruner, muy sugerente para lo que más adelante desarrollaremos. A él dedicaremos ahora unas líneas de presentación, aunque sea somera.

Jevone Bruner, en su obra *actos de significado*, tras justificar el papel de la narración en la articulación del significado de los acontecimientos de la vida, y por ende en la articulación del sentido de la propia existencia, analiza sus componentes. Para Bruner todos los pueblos y las culturas se estructuran a partir de unas convicciones fundamentales. Creemos que el mundo está organizado, y lo está de forma coherente. Creemos que tiene sentido. Creemos que esa coherencia tiene que ver con la estructura temporal, no únicamente con el presente, sino también con el pasado y con el futuro. Y creemos que las personas nos estructuramos y tenemos un tipo de coherencia, una forma de vida coherente, en la que entran en relación nuestros deseos y creencias con el mundo exterior. Es la articulación de la cultura la que pone en relación el orden exterior y el interno, y lo hace creando y desarrollando narraciones.

Para Bruner el ser humano necesita decirse a sí mismo y necesita decirles a los otros quién es. Necesita manifestarse como alguien que posee un orden interno, una vida afectiva, un discurso racional y una forma de actuar como algo básicamente coherente. Y necesita integrar los datos que desde el mundo exterior le afectan. Los necesita integrar incluso cuando lo que brota desde el interior de su persona, como lo que le afecta desde el exterior (un sentimiento insospechado, un cambio en las ideas y en las creencias, un accidente) rompe la coherencia de sus esquemas. Entonces tiene necesidad de reestructurar su identidad y su sentido rotos, porque permanentemente y en toda ocasión tiene necesidad de buscar las razones de su existencia. Razones que no se articulan principalmente como principios, axiomas científicos o filosóficos, ni como dogmas religiosos, ni como normas morales..., sino que el ser humano busca en su experiencia, en su historia personal y colectiva las razones que le permitan justificar que todo tiene un sentido. Son narraciones las que nos permiten dar respuesta a las preguntas: ¿Quién soy? ¿Quién estoy llamado a ser? Las preguntas por el sentido.

Estas narraciones están trufadas de acontecimientos, recuerdos, fantasías... Para Bruner, y para el autor de estas líneas, el poder de las narraciones no

reside en la verdad objetiva (en la adecuación fiel entre lo narrado y lo realmente ocurrido) de los hechos narrados, sino en su función simbólica, en su verdad subjetiva, en su capacidad de interpretar los hechos dotando de sentido no sólo lo narrado sino a la persona misma que lo narra.

Hagamos un ejercicio de introspección. Si hacemos un análisis crítico de nuestros recuerdos, y si confrontamos éstos con datos objetivos como cartas o anotaciones de cuando ocurrieron los hechos, podremos comprobar cómo nuestros recuerdos actuales han pasado por el filtro del olvido y de la modificación. Olvidamos haciendo desaparecer aspectos que resultaron molestos incluso cuando se vivieron. Olvidamos aspectos y acontecimientos que, aunque en el momento en que se vivieron tuvieron importancia, en la actualidad carecen de relevancia y significación. Y modificamos los recuerdos magnificando detalles que entonces carecían de importancia y que, sin embargo, hoy dotan de sentido los acontecimientos del pasado y sobre todo el presente, condicionando muchas veces el futuro. Y lo que decimos de los recuerdos lo podríamos decir en cierto modo de las fantasías que proyectamos hacia el futuro. Qué queda de nuestros sueños de la juventud y cómo los hemos ido adaptando a las circunstancias, no sólo haciéndonos más realistas, sino incluso modificando lo que hoy nos atrevemos a soñar.

En definitiva y a modo de resumen, podríamos decir en primer lugar que el ser humano, un ser necesitado de sentido, necesita responderse sus preguntas fundamentales, y para ello se narra a sí mismo y a los otros. Necesita contar lo que es, lo que siente, lo que le pasa... O lo que es lo mismo, la narración es la estructura cognitiva y comunicativa básica dadora de sentido. En segundo lugar, cabe afirmar que las estructuras narrativas, tengan la forma que tengan, no tienen su valor en la objetividad de lo que cuentan, sino en la significación (incluso podríamos decir en muchos casos en su valor terapéutico) que tienen en un momento concreto de la vida para el narrador. Y en tercer lugar podríamos afirmar que nuestras narraciones, nuestros relatos, se ubican en un contexto más amplio, el de los relatos culturalmente transmitidos, a los que podemos denominar «metarrelatos».

Estos metarrelatos, formulados y transmitidos en forma de historias, mitos, cuentos, tragedias..., como ya formuló el psicoanálisis, no solamente cuentan historias, verdaderas o ficticias, con una función de entretener o divertir, sino que nos permiten reconocernos en ellas como cuando nos miramos en un espejo. Nos permiten reconocer nuestros deseos y nuestras pasiones más ocultas, y nos permiten reconocernos en los miedos y en las esperanzas del pueblo, de la humanidad de la que formamos parte, haciéndonos a la vez capaces de formular y reformular nuestros propios relatos personales.

Son estos «metarrelatos» los que no permiten participar de una tradición cultural y religiosa común, los que nos permiten expresar nuestros sentimientos y angustias ante la muerte, la vida, el sexo, el amor, la violencia... Son los que permiten cristalizar nuestras ansias y esperanzas de salvación...

LA FUNCIÓN DE LAS NARRACIONES EN LAS DISTINTAS EDADES DE LA VIDA

Una nueva cuestión, en la que merece la pena detenerse ahora, es la función que las narraciones desempeñan en las distintas edades de la vida. Este es un tema que debería tener un estudio más detallado del que es posible en estas páginas, pero que creo que tiene un gran interés tanto para la articulación de la personalidad y el desarrollo de las personas como para la tarea catequética y pastoral. Sin ánimo de agotarlo, sino de abrir campos para futuros desarrollos, me detendré en algunas aportaciones, que desde la psicología y desde el propio trabajo pastoral, me han parecido interesantes recoger.

Función de las narraciones en la infancia

Antes de abordar la función que las narraciones tienen en la infancia, parece conveniente detenernos un momento en la concepción que del

tiempo y de la realidad tienen los niños. La adquisición de estos conceptos ha sido estudiada, entre otros por J. Piaget, que nos ha permitido conocer las grandes diferencias que se dan entre las concepciones infantiles y las de los adultos. Pero, más allá de sus concepciones, está la experiencia que los niños tienen del tiempo y de la realidad, y cómo esta experiencia se manifiesta en sus relatos.

Una primera forma de relatos, que interesó a S. Freud desde muy pronto (ya aparece en «El poeta y la fantasía» obra de 1908 recogida en *El psicoanálisis aplicado*), y que más tarde estudió en las conductas de su propio nieto, es el contenido en los juegos infantiles. Los juegos infantiles con muñecas, soldados, coches o simples cajas de cartón son, muchas veces, relatos teatralizados en los que el niño expresa sus fantasías. Son unas fantasías no referidas al futuro, sino al presente que el niño vive. En ellos se manifiestan sus angustias y su necesidad de omnipotencia para poder comprender, controlar e integrar el mundo que le rodea. El juego, así, desarrolla en el niño una función terapéutica de expresar lo que vive internamente, y de ponerlo en relación con el mundo externo. Supone un ensayo fantástico, pero necesario, de interactuar sobre ese medio adaptándolo a sus necesidades internas. Una observación sobre el juego infantil permite al observador atento comprender el mundo interno del niño, que se está expresando, e incluso permite, jugando con él, que exprese nuevas vivencias.

El juego irá adquiriendo, también, otras funciones a lo largo de la infancia, que irán progresivamente expresando el desarrollo del niño y su incorporación al contexto social. El juego va a tener una función de imitación del mundo adulto y de sus actividades, que permite un ensayo y una identificación con futuros roles adultos. Jugará a médicos, a maestros, a pistoleros... Y como desarrolla J. Piaget en su obra *El desarrollo moral del niño*, permitirá la tarea de socialización. Permitirá el juego en grupo, la creación y la articulación de la pandilla de juegos. La adquisición de las normas y el valor de su cumplimiento. El desarrollo de la conciencia moral...

Y, sin duda, es necesario volver a la obra ya clásica de B. Bettelheim *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, para encontrar un análisis de la función narrativa en los niños. Para este autor, los cuentos se sitúan en un tiempo sin cuando, «érase una vez» «érase que se era». Un tiempo siempre presente, pero distinto al tiempo cronológico en el que nos situamos, porque el tiempo del niño es distinto al del adulto. Y un espacio, que no es el espacio físico en el que se desarrolla la vida cotidiana, «había una vez un país». Pero más allá de su ubicación temporal y espacial, el cuento se sitúa en unas coordenadas que no son las de la simple diversión (aunque el cuento tenga como una de sus funciones la de divertir), ni la de solamente transmitir valores (lo que es bueno y lo que es malo, lo que hay que hacer y lo que no), sino que tiene una función proyectiva que le permite al niño identificarse con los protagonistas de los cuentos (ser pequeño como Pulgarcito, feo como el patito, desgraciada como Cenicienta...) para poder resolver muchas de las situaciones que viven en la realidad. El cuento tiene así para Bettelheim la función de entroncar al niño en una tradición cultural, aprender roles y valores que se transmiten en ese contexto social, pero sobre todo proyectar fantasías con las que resolver y exorcizar fantasmas y más que fantasmas.

El niño a través del juego y del cuento articula estructuras narrativas en las que comienza a decirse quién es, y a resolver sus problemas personales y de relación. Y es a través de ellos como empieza a entrever un futuro, «y fueron felices», del que aún solamente se percibe que puede ser mejor.

Las narraciones en la adolescencia

Muy diferente va a ser la función de las narraciones en el mundo de la adolescencia. El adolescente ha alcanzado ya, si no está a punto de alcanzar, su capacidad de razonamiento abstracto. Se encuentra en el periodo de la lógica descrito por Piaget, que le permite una representación de la realidad y un juicio sobre ella más allá de lo que perciben sus sentidos. Es capaz de operar con conceptos abstractos. Su capacidad de representarse el tiempo es distinta a la de la infancia. Es capaz de mirar hacia el futuro,

hacia el que se orienta naturalmente toda su vida. Y, por otra parte, al gozar ya de una memoria en la que los recuerdos se articulan de un modo secuencial, comienza a tener conciencia de pasado. Su memoria le permite recordar situaciones, personas y sentimientos de lo ya vivido. Su propia percepción del tiempo le permite ubicarse en un presente en el que el futuro se abre como un tiempo lleno de expectativas, pero, también, de riesgos, y en el que el pasado empieza a ser una realidad que condiciona el presente y las decisiones de futuro.

Es la edad de la «identidad», descrito a lo largo de sus obras por E.H. Erikson, especialmente en *Identidad, juventud y crisis*. Para este autor es ahora cuando el adolescente es capaz por primera vez en su vida de enfrentarse consigo mismo y con las preguntas existenciales, «¿quién soy?»... y darles unas primeras respuestas, aún provisionales, pero ya personalmente asumidas.

A estas alturas de la vida la educación familiar y escolar, los medios de comunicación, la lectura, y la cultura en general, le han provisto de un montón de relatos (canciones, biografías, historias, cuentos, películas, narraciones noveladas, leyendas, mitos...) que alimentan su imaginario personal, y que son compartidos con su generación y con la cultura en la que vive y de la que forma parte.

Nos encontramos, así, ante un adolescente dotado de una capacidad intelectual abstracta, con una comprensión adecuada del tiempo, enfrentado a la pregunta sobre sí mismo, y capaz de generar no solamente «historias», «narraciones», sino, y lo que es más importante, de poder empezar a narrar, de escribir y reescribir su propia historia. Es el tiempo de los sueños, de los proyectos, de los diarios, de las confidencias... Vamos a detenernos en dos aspectos de esta realidad: los modelos de referencia y el proyecto de vida.

Cuando el adolescente, muchas veces sin ser muy consciente ni de las preguntas que se está formulando, ni de la identidad que está articulando,

do como respuesta, se piensa a sí mismo, lo hace, en un primer momento, proyectando en sus sueños y deseos una serie de modelos e ídolos. Un análisis de los modelos de referencia y de los ídolos que una sociedad ofrece y «vende» a sus adolescentes nos permitiría reconocer los auténticos valores y proyectos que la sociedad ofrece a los jóvenes. Sin ánimo de ser exhaustivo, lo cual supondría un análisis más detallado, y a modo de ejemplo, el que escribe leyó en la escuela biografías de *Hombres ilustres* de la editorial Bruguera y *Corazón* de E. De Amicis, y pasó gran parte del tiempo libre del final de la infancia disfrutando de la lectura de cómics como *El Jabato* o *El Capitán Trueno*. Lecturas que pretendían alimentar el imaginario colectivo de mi generación con héroes en consonancia con el proyecto del nacional-catolicismo nacido de la Guerra Civil. Fueron años de lecturas de novelas históricas como *Quo Vadis* o *Fabiola*, así como de vidas de santos misioneros y mártires, que me permitieron una comprensión de una forma de cristianismo más apasionante que el de las misas en latín, totalmente incomprensibles, a las que asistía con mis padres, y en las que para no morir de tedio dejaba volar mi imaginación. (Si hubiera sido por aquellas liturgias y aquellos catecismos de preguntas y respuestas hace mucho que no habría quedado en mí ni rastro de cristianismo). Luego llegaron otros ídolos: Los Beatles y la música de los guateques, que transmitían la esperanza de una sociedad que despegaba, del turismo que comenzaba a llegar con aires nuevos de libertad, de democracia y de consumo. Después llegó la canción protesta de los sesenta, Raimon y su canción «Al vent»... En definitiva, una serie de héroes propuestos, si no vendidos por la sociedad que me tocó vivir, tras los que se ofrecían proyectos con los que identificarse, que iban desde el nacional-catolicismo a la revolución de izquierdas, de la piedad amanerada de los santos de Olot a los aires de libertad y de protesta... Esos y otros muchos forman parte de los modelos que me fueron propuestos y asimilados en mayor o menor medida. ¿Cuáles son los héroes que proponemos a nuestros adolescentes y jóvenes? ¿Qué proyectos hay detrás de ellos? ¿Cuáles son sus valores? Un recorrido por los mangas, los discos, el cine... podrá darnos una respuesta adecuada.

Todo esto, que hemos denominado los ídolos, los modelos de referencia, tiene, también, mucho que ver con los modelos reales, de carne y hueso, que se cruzaron en nuestra adolescencia, y que se convirtieron en narración viva. Personas con los que identificarnos: líderes, amigos, maestros... Ellos no sólo sirvieron como modelo de referencia, sino que nos permitieron transmitirles nuestros sueños e ilusiones, y confrontándonos con ellos poderlos convertir en proyectos concretos que llevar a cabo. Es lo que ha llevado a algunos a hablar de «la pedagogía del héroe».

Y junto a estos modelos de referencia está la capacidad del adolescente de representarse su propio futuro y de hacer planes. Nos encontramos ante lo que genéricamente se ha venido en llamar un proyecto personal de vida. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de un proyecto personal?

La programación por objetivos, a partir de su utilización en educación, ha pasado a otros espacios como la vida religiosa, generando instrumentos de programación (los proyectos personales y comunitarios) y de evaluación de la marcha de las personas y de las comunidades. Éstos, que son instrumentos, no deben confundirse con lo que aquí nos queremos referir. En lo que en la adolescencia se refiere, y al logro de identidad, el proyecto personal es aquello, muchas veces no claramente formulado, pero según el cual, el adolescente va haciendo opciones que van a condicionar para bien o para mal su edad adulta.

Podemos hablar de distintas forma de articular ese proyecto, y de irlo haciendo progresivamente más consciente y coherente. Podemos hablar, así, de los «sueños», de los «ideales», del «proyecto», y, finalmente, y ya seguramente en la edad adulta, del «sentido».

Es frecuente que al adolescente la imaginación se le vaya al séptimo cielo. Que cualquier pretexto le haga soñar con situaciones futuras. Son proyecciones de deseos e ilusiones, algunas veces imposibles, pero que permiten mirar al futuro con ilusión. Es terrible no tener sueños, porque es casi sinónimo de no tener futuro, precisamente cuando se tiene toda la

vida por delante. Los sueños, tienen estructuras narrativas, muchas veces muy pobres y esquemáticas, pero narrativas. Deseamos que ocurra determinada situación, que se den determinadas circunstancias... Pero son estructuras tan pobres, y sueños muchas veces tan poco realizables, tan poco dependientes de nuestra voluntad, que generalmente se quedan en eso, en sueños, pero que no movilizan los recursos de la voluntad ni llevan a hacer opciones necesarias para conseguirlos.

Los ideales suponen un paso más. En los ideales no se proyectan deseos e ilusiones que no dependen de uno mismo, sino que se proyectan imágenes y proyectos de lo que uno quiere ser, y cómo quiere ser. Esos ideales muchas veces se identifican con personas que nos sirven como modelo de referencia, o con ideologías que permiten alimentar el imaginario personal poniéndolo en relación con los ideales colectivos. Y es esta identificación con personas o ideologías lo que permite que podamos representarnos nuestro futuro personal, y hacerlo imaginando lo que queremos ser y cómo queremos vivir. Imaginar proyectos y sentirnos llamados a realizarlos. Los ideales permiten, así, articular proyectos, movilizar actitudes, tomar decisiones, dar los pasos necesarios para llevar a la práctica esos ideales. Pero los ideales deben ser contrastados y confrontados con la realidad, que hará de los ideales una forma de vivir, un estilo de vida coherente con esos ideales, y realista.

El proyecto ya no se sitúa tanto en el futuro a largo plazo como en el presente y en el futuro inmediato. El proyecto supone ya una realización, al menos en germen. Supone concreciones, decisiones, tareas, primeros logros y primeros fracasos. Y será la confrontación con la realidad la que progresivamente irá perfilando y configurando el proyecto en su formulación y realización definitiva.

Las estructuras narrativas en la edad adulta

La vida del adulto se ubica por razón de edad en el centro de las coordenadas temporales. Se encuentra en ese momento de la vida en el que tan-

to sus relaciones afectivas como su hacer se encuentran en plenitud. La mirada hacia atrás permite narrar, una y mil veces, lo vivido, que para bien y para mal forma parte de la experiencia. Experiencia que necesita ser integrada y asimilada. Y la mirada hacia el futuro permite seguir teniendo esperanza. Es un momento de la vida en el que los proyectos aún no se sienten ni mucho menos como concluidos, sino que están abiertos hacia el futuro. Los hijos, los proyectos profesionales, las utopías ya más realistas convertidas en ideales...

En la etapa adulta las estructuras narrativas abarcan las tres dimensiones del tiempo, como ha reconocido la labor terapéutica. La persona necesita mirar hacia atrás para tejer y retejer los recuerdos y las vivencias pasadas, para integrarlas y articularlas dando sentido al presente. Los recuerdos, como ya hemos dicho, tienen una función selectiva en la que justificamos el hoy. Damos o intentamos dar respuesta a por qué hoy somos tan desgraciados o tan felices. Nos decimos y explicamos a otros lo que nos pasa aquí y ahora, y por qué nos pasa, en un intento de comprendernos y de integrar lo que distorsiona el sentido y la coherencia, lo que rompe nuestros esquemas. Y se abren al futuro en un afán de buscar nuevas posibilidades y soluciones a los problemas del presente.

En el fondo de todas nuestras narraciones de la edad adulta, tengan la orientación en el tiempo que tengan, está la búsqueda de sentido. La pregunta que tanto interesó a V. Frankl a lo largo de toda su obra. No el sentido de la existencia, sino los sentidos más concretos de cada uno de los seres humanos en cada momento de su existencia. Cada uno nos encontramos enfrentados a la necesidad de decirnos que cada cosa tiene un porqué, que nada es absurdo, que no vivimos en un mundo kafkiano. Cada uno nos encontramos con la necesidad de encontrar sentido a nuestra vida, y para eso nos narramos una y otra vez. Y necesitamos ubicar el sentido de nuestras vidas en un espacio más amplio y común, el espacio de la colectividad de la que formamos parte. Esta es una de las funciones que desde antiguo desarrollaron los relatos primordiales, las narraciones que han configurado y configuran los colectivos. Este es un espacio que ha

cubierto para los creyentes la Historia de la Salvación, y no sólo la Historia de la Salvación.

LA ESTRUCTURA NARRATIVA DE LA FE

... lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros (1J 3)

Al comienzo de los Hechos de los Apóstoles (Act 1,15ss), la primera vez que Pedro se dirige a sus hermanos lo hace para integrar un hecho traumático, la traición de Judas, y para tomar la primera decisión que va a orientar la vida de la comunidad naciente, la elección de Matías. Para ello vuelve a narrar un acontecimiento conocido por todos los oyentes, pero lo hace para incorporarlo a la tradición común, poniéndolo en relación con la tradición, en concreto con los salmos, aportando así una explicación, un sentido, en relación con los planes salvíficos de Dios. Más tarde, en el discurso del día de Pentecostés (Act 2,14ss), volverá a hacer lo mismo, en este caso para dar sentido a lo que acontece, la efusión del Espíritu, y para dar razón del Señor Jesús, de sus obras, de su muerte y de su resurrección. Desde el primer momento el kerigma es anunciado como una narración. Los primeros textos cristianos, las cartas paulinas, llenas de orientaciones y recomendaciones para las primeras comunidades, cuando hacen referencia al Señor, lo hacen narrando quién es y lo que hizo. Los Evangelios, todo el Antiguo y Nuevo Testamento se convierten en la historia permanentemente contada y recontada, en la historia dadora de sentido y de salvación generación tras generación (Dt 6,6ss).

Podríamos afirmar que la estructura básica de la fe, y de ahí su fuerza y su poder estructurador de la persona, es narrativa. Su núcleo más profundo no son una serie de verdades, ni unos principios morales, ni unas normas. Su núcleo más profundo son una serie de acontecimientos en los que Dios se acerca creando, acompañando y salvando a la humanidad. Un núcleo

que necesita ser narrado, escuchado, vivido y celebrado, para poder ser comprendido y para comprenderse a uno mismo.

Si esto es así, es probable que necesitemos una revisión muy profunda de los medios y de los objetivos de los que nos servimos en nuestra forma de transmitir la fe. Hemos hecho, probablemente desde el Concilio de Trento, una opción por la defensa de las verdades de la fe con el peligro de convertir el cristianismo en una doctrina, en una serie de verdades nítidamente formuladas y transmitidas, y en una serie de normas claramente fijadas, y penalizados sus incumplimientos. La preocupación por los catecismos y el olvido de la Sagrada Escritura en la iglesia post-tridentina ha sido un ejemplo de ello. Clásicamente se recurrió a la utilización de la memoria, al uso del método de preguntas y respuestas, para transmitir la doctrina, así formulada y memorizada de una forma precisa. El fantasma permanente fue el caer en el error. Un estudio detenido de la religiosidad popular nos permitiría descubrir no pocas resistencias a esta forma de transmisión de la fe. Las devociones populares muchas veces apoyadas en narraciones más o menos históricas o legendarias de apariciones, milagros... La devoción a los santos, la transmisión de sus biografías y hagiografías han servido como modelos de vida cristiana en el imaginario cristiano. Muchas veces la religiosidad popular transmitida por la familia y el contexto social se acercaba más a las necesidades de salvación y de sentido que los cristianos tenían, que la doctrina oficialmente transmitida desde la catequesis oficial y desde la escuela.

¿Hasta qué punto la renovación catequética pre y posconciliar logró resolver esta carencia? Creo que ha sido una renovación importante a la hora de incluir una nueva forma de utilizar la Escritura, y de permitirnos un acercamiento a ella. Ha sido, sin duda, una renovación que ha permitido que la catequesis tenga un carácter mucho más existencial, posibilitando que el mensaje de la Salvación se conecte mucho más con la esperanza de cada una de las personas y de los pueblos. Ha permitido adaptarse, aunque no siempre, al proceso del desarrollo psicológico y de la personalidad. Pero, probablemente, ha tenido algún déficit en aspectos como al que se

refiere este artículo, y no sólo. Porque cuando se estaban dando pasos en esta dirección, la preocupación por evitar los excesos, que algunos denunciaron en el proceso de recepción del Concilio Vaticano II, volvieron a centrar la preocupación por el contenido fiel e íntegro de la fe, más que las necesidades de sentido y salvación que tiene la persona, y en cómo esta las formula.

¿Cuáles son las consecuencias de este olvido? Un amigo historiador me hacía caer en la cuenta de que cuando las humanidades, y entre ellas la historia, pierden espacio en los planes de estudio, cuando la historia intenta permanentemente ser reescrita por unos o por otros siguiendo intereses no siempre legítimos, más aflora la pseudo-historia. Las librerías llenan sus anaqueles de historia novelada, de novela histórica, o de simple fantasía histórica. Algo semejante podemos decir de las narraciones de la fe. Cuando nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, desconocen gran parte de las narraciones paradigmáticas de la fe, florecen los nuevos mitos capaces de generar referentes comunes. Harry Potters, El señor de los anillos, La guerra de las galaxias... Narraciones todas ellas trufadas de un dualismo muchas veces excesivamente simplón; en las que se desarrolla una lucha cósmica entre el bien y del mal, la luz y el lado oscuro, descrita con tientes apocalípticos; y un héroe vencedor del mal, que sirve como modelo de identificación. Y, también, fructifican narraciones pseudorreligiosas y pseudocristianas. ¿Cómo se explica si no el éxito de *El código da Vinci*? ¿O el interés por los escritos apócrifos, por las sociedades secretas y los ritos iniciáticos?...

En definitiva, cuando los relatos de la fe son sustituidos por una doctrina precisamente formulada y transmitida, pero doctrina, mayor es el vacío que dejan en la necesidad de narrarnos a nosotros mismos que tenemos los seres humanos para encontrar el sentido y la salvación. El joven y el adulto actual, al igual que en otras épocas, seguimos estando necesitados de «metarrelatos» que nos permitan decirnos quiénes somos, generar utopías, y vehicular proyectos para llevarlas a cabo. ¿No será el momento de recuperar los grandes relatos de la fe en nuestros procesos de iniciación

cristiana, para que sea posible recuperar el hilo de la transmisión de la fe? ¿Y de recuperarlos con su fuerza generadora de sentido? Propongamos tres direcciones de estos relatos: Una primera: el relato que es Jesús, capaz de convocar al seguimiento de su persona. Una segunda: el relato que es la misma historia, escrutada y desentrañada en su misma esencia, para descubrir en ella la Salvación. Es lo que hizo el pueblo de Israel, y es lo que nos queda en la Historia de la Salvación como paradigma de lo que necesariamente debemos hacer (GS 1ss). Y una tercera: releer y recuperar muchos relatos concretos con el fin de integrar las distintas experiencias de dolor y de desconcierto (Job), de perdón y misericordia (El hijo pródigo), de cercanía y servicio solícito (El buen samaritano), de la alegría y la fiesta (Las bodas de Canáa)... Relatos que además de permitir integrar disonancias cognitivas, y de abrir a nuevos horizontes vitales, nos permitirán generar nuevos imaginarios de presencia social, nuevos modelos de presencia de la iglesia capaces de responder a las esperanzas de salvación.